

MADRES E HIJOS IMPOSIBLES: el abandono y las instituciones

NÁDIA RODRIGUES DE FIGUEIREDO* E ILKA FRANCO FERRARI**

Abstract

This article works on the question of abandon in Brazil, emphasizing the discussion of a newly implemented social program called «House-home». These «houses» are shelters that function with professionals, the «social mothers», who take care of the house as well as of the children who are sheltered there. The paradoxes of this woman who chooses to be mother by means of a regulated profession in a shelter which pretends to be a home, as well as the implications of this situation in the relations established with the children are examined through the eyes of psychoanalysis. In the professional choice made by these women, it is not to be disconsidered the question of the feminine which is at play, interlaced with the theme of abandonment and deprivation as well as the enjoyment that it implies.

Key words: Abandon; Social Mothers; House-Home; Social Politics; Psychoanalysis.

Resumen

El artículo trabaja la cuestión del abandono de niños en Brasil y privilegia la discusión de un programa social vigente, titulado «Casa-Hogar». Esas «Casas» son albergues que funcionan con profesionales, las madres-sociales, que se encargan del cuidado de la casa y de los niños allí albergados. Por medio del aporte del psicoanálisis, se examinan las paradojas de esa mujer que elige ser madre, por el bien de una profesión, reglamentada, en una institución que se intenta que sea Hogar, así como las implicaciones de esa

* Psicóloga, por la Pontificia Universidad Católica de Minas (PUC). Actualmente estudiante en el Master en Psicología de la misma universidad. **Dirección del autor:** nadiafig@uai.com.br

** Doctora en Psicología, por la Universidad de Barcelona, España. Actualmente profesora adjunta de psicología de PUC Minas. Adherente a la Escuela Brasileira de Psicoanálisis Minas Gerais. **Dirección del autor:** ilka@pucminas.br

Recibido, Agosto 12/2005. Revisión recibida, Septiembre 16/2005. Aceptado, Septiembre 22/2005

situación en las relaciones establecidas con los niños. En esa elección profesional, hecha por esas mujeres, no se puede desestimar la cuestión de lo femenino que está en juego, enlazado al tema del desamparo y de la privación, así como el goce que entraña.

Palabras clave: Abandono; Madres-sociales; Casa-Hogar; Políticas Sociales; Psicoanálisis.

Este artículo discute, a partir del psicoanálisis, dos aspectos de una única situación en el escenario brasileño: por una parte, el abandono de niños y, por la otra, una respuesta de las políticas sociales a la cuestión en las instituciones denominadas «Casa-Hogar», existentes en la ciudad Belo Horizonte, capital del Estado de Minas Gerais.

El hecho de oficializar una institución, de parte del estado, supone el establecimiento de normas de funcionamiento, jerarquía de puestos y funciones, como sucede en cualquier proyecto que se pueda considerar serio. Entre las peculiaridades de esas «Casa-Hogar» hay un cargo que llama la atención, y que es destinado a las mujeres con la función «social» de ser «madres», es decir, en esos sitios existe la profesión de «madre-social». Nuevo nombre para una función antigua, como se constatará más adelante, ahora reglamentada, y para lo cual son convocadas mujeres con la función de cuidar, celar por los niños cuyos padres, por motivos variados, no han sostenido el vínculo de la afiliación y han dejado caer la vida de sus hijos. Allí están las profesionales confrontadas con los niños-desechos, que el Estado protege.

Si la existencia de instituciones de ese porte es necesaria al malestar de la civilización, y si en ellas hay profesionales madres-sociales, las formalizaciones de la clínica psicoanalítica son importantes para la comprensión del hecho. El «deseo de niño», intrínseco al enigma femenino, está en juego en esa profesión. Indagar sobre ese algo, presente en el enigma femenino más allá del sueldo que adviene de ese trabajo y que la profesional necesita, es una manera de contribuir para la aplicación del psicoanálisis en ese campo institucional, donde la madre, más que parcerá del niño, es parcerá del dolor que el niño porta y de los malos tratos que ellos sufren.

LA HISTORIA DEL ABANDONO Y SU PRESENCIA EN LA CASA-HOGAR

El abandono de niños ocurre, en gran escala, desde épocas primordiales de la historia del hombre, por lo menos en el Occidente. En la Antigüedad, esa práctica era usual, principalmente en caso de pobreza o deformidad del niño. El aborto y el infanticidio eran considerados legítimos y plenamente aceptados.

Solamente a finales de la Antigüedad e inicios de la Edad Media, a partir de la concepción cristiana de caridad, han sido creados los primeros locales de acogida a los pobres, enfermos y niños expuestos¹, institucionalizándose, en Occidente, la «asistencia caritativa» a la niñez abandonada. Surge, entonces, en las instituciones de acogida a los desechados, la llamada «Rueda de los expuestos»².

La historia de la colonización de Brasil muestra que «ese extraño país en la periferia del Occidente» (Figueiredo, 1999) heredó ese trazo distintivo, de los países colonizadores. Aún hoy, hace parte del paisaje cotidiano de las grandes ciudades brasileñas, cual un rastro de los trazos esbozados en los escenarios de centenas de años atrás, la chocante y trágica escena de niños desvalidos, que deambulan desaseados por las calles, sometidos a toda forma de abuso y sufrimiento, haciéndose necesario recogerlos y encaminarlos a las instituciones.

Ciertos niños son retirados de las familias, a través del accionamiento de los nombrados «Consejos Tutelares y Juzgados de los Menores», por flagrantes malos tratos o denuncias de vecinos o parientes. No es raro encontrar niños encerrados en alguna dependencia de una chabola, solos, en total estado de desamparo. Algunos de ellos, muchas veces ya enfermos, por largo tiempo sin agua o comida. Otras veces, además de solos, aturdidos por el absurdo de haber presenciado el exterminio de uno de los progenitores por el otro. Ciertos bebés son hallados en la puerta de alguna casa o recogidos del cubo de la basura y alcantarillas. Otros son dejados en la maternidad, tan pronto vienen al mundo. En el mejor de los casos, son entregados por uno de los progenitores, dada la imposibilidad de apenar con los hijos que engendraron.

Ante esta situación, las políticas públicas discuten ampliamente la cuestión de la convivencia familiar de los niños y adolescentes en situaciones de riesgo y los distintos problemas por ellos enfrentados, especialmente, cuando el alejamiento familiar es considerado inevitable. A partir de la «Convención sobre los Derechos del Niño», adoptada en 1989 por las Naciones Unidas, se resalta la importancia de la convivencia familiar y comunitaria «*para el crecimiento y el bienestar de todos sus miembros, en particular el de los niños*».

¹ La expresión «niño expuesto» o «desechado» era usualmente empleada para designar lo que hoy llamamos «niño abandonado»

² El nombre «Rueda» se refiere a una plataforma de forma cilíndrica e giratoria, con una apertura hacia fuera, incrustada en las porterías o muros de las instituciones, donde se depositaban a los niños desechados. Ése dispositivo facilitaba la exposición de los niños y evitaba que lo expositor fuera identificado, pues, para recoger a los niños, se hacía necesario rodar la placa.

En Brasil, este derecho es expresado por el «Estatuto da Criança e do Adolescente, ECA-1990», que asevera que *«todo niño tiene el derecho de ser criado y educado en el seno de su familia y, excepcionalmente, en familia substituta»* (Art. 19). Ese derecho debe ser garantizado inicialmente, por la familia y, después, por la sociedad en general y por el Estado. Objetivando su operacionalización, los programas de protección social han creado el régimen de abrigo que se prevé en el ECA: *«el abrigo es la medida provisional y excepcional, utilizable como forma de transición para que se lo ubique en familia substituta, no implicando privación de libertad»* (Art. 101). Actualmente, esas instituciones de abrigo están organizadas en torno de la modalidad llamada «Casa-Hogar».

Esa modalidad de abrigo ofrece una atención personalizada a pequeños grupos de niños (aproximadamente 13 niños en cada grupo), a semejanza de una vivienda tradicional, pero se caracteriza como un «hogar de pasaje» cuyo objetivo principal es la orientación de los niños hacia una familia substituta (adopción) o el regreso de ellos a la familia de origen.

No obstante, dados diversos motivos, los niños, muchas veces, permanecen en esas instituciones por un tiempo más largo, aunque la permanencia esté marcada por el pronóstico de la transitoriedad. Si ésta no llega a realizarse, es siempre eminente.

Surge, junto a la creación de la «Casa-Hogar», la nueva profesión de «madre-social», reglamentada por Ley, cuya función es la de cuidar a los niños que llegan a esos abrigos, de modo que puedan *«propiciar las condiciones familiares ideales a su desarrollo»* (Ley, 1987, art. 1º). Lo interesante es que ese personaje, actual, tiene sus precedentes históricos.

Desde el surgimiento de las instituciones que se encargaban de acoger a los desechados, se hacía necesario contratar personas que pudieran ejercer la función de cuidar y alimentar a los expuestos. Era, no obstante, práctica usual, la contratación de las llamadas «amas mercenarias». Estas mujeres, comúnmente, eran personas atontadas por la miseria, vivían en verdaderos gallineros y frecuentemente se encontraban enfermas y mal nutridas, sin posibilidades de proveerse de lo necesario para su propia subsistencia. Otras veces, eran mujeres que alegaban estar en aquel trabajo para pagar sus promesas. Algunas lo hacían por generosidad y caridad atribuidas al cristianismo, pues consideraban el abandono de las criaturas una impiedad. Criarlas era una extraordinaria demostración de fe.

Cual un calco de esa realidad de otrora, en la actualidad hay «madres-sociales». Esas mujeres son contratadas por entidades no gubernamentales que mantienen convenios con el Estado o con el ayuntamiento para la construcción

de las «Casas-Hogar». Esas ONGs, en su mayor parte, están vinculadas a una institución religiosa o son mantenidas por intermedio de Entidad filantrópica o Entidad familiar. El ideal religioso y el trazo de caridad y filantropía están muy presentes en esas instituciones. Se crea, así, muchas veces, una relación de complementariedad, un lazo, entre el sufrimiento y la fe que, en ese instante, es puesta a prueba, evocando un *élan* místico.

Ese trazo de un ideal del bien que, en muchas ocasiones, lleva la marca del capricho de una generosidad, que uno no es libre para aceptar, es fuertemente evidenciado en el propio nombramiento de la institución: «Casa-Hogar». La adjetivación, puesta en la casa, remite a la acogida calurosa, que aguza promesas de las dulzuras en la intimidad familiar, con confort y felicidad. Esa situación, paradójicamente, expone la ruptura de los lazos familiares, exagera, la mayoría de las veces, la nostalgia de los niños y reasegura su abandono, pues transpira, por toda la institución, que el mejor lugar para vivir, sería el seno de una relación familiar, que ha sido extirpada.

LA MADRE SOCIAL Y SU LAR

De acuerdo con lo expuesto, la institución «Casa-Hogar» ha sido creada como una casa de pasaje, teniendo como objetivo prioritario reencaminar a los niños hacia su familia de origen o para adopción. A causa de esa posibilidad, se les recomienda, explícitamente a las madres contratadas, no crear vínculos con los niños, de modo que no se comprometa el proceso, ya que en el horizonte de esas relaciones, existe desde el principio, la perspectiva de una separación.

De este modo, una mujer que acepta candidatarse a la función de madre-social, puede recibir, a la vez, diez o trece niños de orígenes y edades distintas o de la misma edad. La rotatividad de la gente por las casas es grande y marca el carácter pasajero y efímero de las relaciones. Lo que hay de común, en esos niños, son sus historias de devastación y desengaño.

El adjetivo «social», que se atribuye a esas madres, no puede ser ignorado. La madre, desde hace mucho, recibe adjetivaciones: madre «soltera», madre «adoptiva», madre «buena», madre «mala», «santa» madre, madre «desnaturalizada», además de las locuciones adjetivas, «madre de Dios», «madre de santo», «madre de oro»... ¿Qué particularizaría, entonces, lo «social» que se atribuye a esa madre, en esa casa que se intenta que sea un «hogar»?

Esa adjetivación hace parte de un contexto histórico, donde «lo social», en forma de sustantivo, es utilizado para designar la parte marginal de la sociedad, los brasileños pobres.

Se observa que la cuestión de lo social, de acuerdo con Castel (1998), se localiza en la toma de conciencia de que la Revolución industrial dejó un resto: aquéllos que no se encajaban en la sociedad industrial, es decir, los proletarios. Lo social surge, así, bajo la consigna de la pobreza y porta la idea de una integración de la sociedad en general, cuyo objetivo es evitar la fractura evidenciada entre la parte productiva y no productiva de la sociedad. En las prácticas democráticas, donde la economía es la razón soberana, ocurre, no obstante, conforme bien demarcó el científico político brasileño, Renato Janine Ribeiro, que «lo social es aquello que no se puede transformar en sociedad», dado que lo «social respeta a lo carente y la sociedad a lo eficiente» (Ribeiro, 2000). Eso implica en prácticas, aunque democráticas, como las observadas en Brasil pos dictadura militar, que a los carentes son ofrecidos asistencia y control y a los eficientes la protección social, asociada a la seguridad y derechos.

La madre-social es, en ese sentido, la madre temporaria de una colectividad pobre, desechada, desvalida, en una práctica que se caracteriza más por el asistencialismo (la beneficencia), quedando, muchas veces, exilada de sus relaciones, la particularidad de cada niño. El abandono, lo extraño, la privación, la situación de abuso, dolor y espanto, parece ser lo que verdaderamente esas madres acogen como causa.

Todo este contexto se vuelve palco de equívocos y desencuentros, además de aquellos que son naturales en la vida de cada cual.

La cuestión de la filiación, es decir, de la pertenencia, muchas veces parece simple y natural, pero, requiere un trabajo tortuoso y complejo que no siempre ocurre. En el caso de niños que son abandonados, esta cuestión se vuelve aún más compleja, pues, esos niños, al no tener la suficiente libidinización narcisística de parte de los padres que los abandonaron, son, como ha dicho Nominé (2001), dejados al servicio del goce.

Cuando se piensa desde el psicoanálisis acerca del significante «madre», se puede indagar cuál es la función de un hijo en el deseo femenino, pues como ya señalaba Lacan en las «Dos notas sobre el niño», no se trata «*de un deseo anónimo*» (Lacan, 2003). La criatura humana no tiene posibilidad de alcanzar la subjetividad –no se humaniza– si no está inscrita en el deseo de alguien. Es a partir de un deseo decidido que una madre, en su función simbólica, puede nombrar un grito, transformándolo en demanda articulada al deseo, es decir, inscribiéndolo en el orden significante. En ese circuito, al ofrecer «objetos-significantes» a la criatura, hay una pérdida irreductible, hay una diferencia entre la necesidad y lo que de ella se hace oír, en aquello que retornó como demanda. Esa operación transforma el objeto de la necesidad en objeto que falta. La «madre», al ofrecer al niño «objetos significantes», «*Don*», da algo que es deseado y no obtenido, pero que es deseado sin referencia alguna a

cualquier posibilidad de satisfacción o adquisición (Lacan, 1992). La interpretación de la necesidad, acorde con el deseo de aquella madre específica, en aquella situación específica, particulariza la marca; particularidad que cada sujeto porta –«trazo unario»– como marca del lugar que aquél niño ocupó en el deseo del Otro.

En la época donde la formalización sobre el deseo preocupaba a Lacan, él enseña que la entrada en el circuito de la demanda es el momento estructural de la emergencia del sujeto, sujetado al campo del Otro. En la estructura de la demanda sitúa la dialéctica de la frustración, uno de los tres modos lógicos de la falta de objeto: privación, frustración y castración. La operación de frustración, que corresponde a la entrada en la demanda, es lo que posibilita un contorno simbólico del objeto perdido, diseñando un agujero interior, el lugar vacío dejado por el objeto inexistente: agujero real–privación.

En la «Casa-Hogar», creada para pequeños carentes, desvalidos y necesitados, el énfasis recae, prioritariamente, sobre la «necesidad», lugar en el cual la institución sabe responder. Adviene de ahí toda suerte de malosentendidos. La institución que da abrigo se organiza a partir de una ética que pretende ser eficaz en producir satisfacción, en oposición a la privación. Aquí se intenta remediar la ausencia del amor por intermedio de la supresión de las necesidades.

Lacan, en el Seminario de la Transferencia (1992), alerta sobre el peligro de responder a la demanda con la intención de callar la necesidad. Decía que es posible producir todas las especies de equívocos al responder a esa demanda, pues de aquello que le es respondido resulta la posibilidad de toda sujeción, es decir, se intenta imponer al sujeto que, al estar satisfecha su necesidad, él sólo puede contentarse (Lacan, 1961). Si no se tiene una escucha más allá del objeto de la necesidad, se le quita al sujeto la posibilidad de construir un contorno simbólico del objeto. De esa forma, cuando se pierde algo, se pierde todo...

Esta situación posee un agravante representado por la posibilidad de acogida del niño por las madres sociales que hace surgir en éstos, la esperanza de reencontrarse en el deseo del Otro primordial: *ser abandonado, expulsado, ser un desecho, un niño imposible...* Ellas demandan ocupar el lugar en el deseo como otrora ocuparon, el único lugar en el cual se reconocen. Repiten, con sus actos, el gesto que hace coincidir nacimiento y rechazo. Demandan el amor al revés, pues esos niños fueron deseados, también, al revés.

Hubo un deseo: que ellos no existieran, o si existieran, se marcharan. Repiten el trazo que las singularizan y provocan respuestas que las destrozan, de la manera más dolorosa y angustiante posible. Las «madres sociales» entonces, son expuestas a todo tipo de prueba, son asoladas en sus puntos más

vulnerables; los niños ponen a prueba, a lo máximo, su capacidad de decisión, juzgamiento, su paciencia; ellas son el blanco de una invasión de amor y odio intensos. Niños y madres, más allá del deseo, cohabitan con la pulsión de muerte y están sujetos a distintos paradigmas de goce.

TRAYECTORIAS PECULIARES

Son diversas y peculiares las trayectorias de vida de cada uno de estos chicos y chicas, así como de cada madre o cuidadora que decide entrar en ese universo tan adverso y doloroso. El interés del psicoanálisis, como se sabe, recae en la singularidad del sujeto y, en este caso, en lo singular de cada uno de esos personajes, su manera particular de responder e inventar algo mediante la situación de sufrimiento, algo que los diferencie, uno a uno, como ser aquél que es lo que los otros no son.

No hay, no obstante, forma de esquivarse de indagaciones respecto a ese personaje enigmático, la «madre-social».

De acuerdo con el psicoanálisis, toda elección implica una posición delante del goce. No cabe duda, entonces, que en la elección de esas mujeres de ocupar el lugar de madre que no puede establecer vinculación con los niños, en una relación clara con la situación de abandono y malos tratos de éstos niños, hay algo de la posición de cada cual en el goce que le es propio.

Madre, mujer, femenino, son términos que poseen formalizaciones puntuales en el psicoanálisis, que enseña, por ejemplo, que no toda madre es mujer, a despecho de las evidencias de género. Acerca de lo que es un hijo, la cuestión también no es nada sencilla, porque implica, más que el biológico de los padres, una filiación simbólica, de acuerdo con lo que ya se mencionó.

Lacan, en «Dos notas sobre el niño» (2003), ya había alertado sobre el hecho de que el niño puede volverse «el objeto de la madre» y tener, como función, «develar la verdad de ese objeto». La función y el lugar que un niño ocupa en el fantasma de una madre son consecuencias de los recursos que una mujer porta, para trajinar con su falta fálica, la castración. La incidencia de la función paterna es lo que asegurará (o no) que un niño pueda ocupar un lugar en el deseo de una madre y no ser tomado como su objeto de goce. Se puede preguntar entonces, acerca de cómo quedan esas cuestiones cuando se trata de una «madre» cuya adjetivación apunta a lo «social» y no a lo particular, a una madre por profesión, lo que conlleva al derecho laboral de descanso en fines de semana, vacaciones, suspensión de trabajo por maternidad, aparte de poder ser considerada innecesaria para el desempeño de la actividad.

Miller (2001) afirma que una verdadera mujer no es una madre, dado que la madre en el psicoanálisis es la que tiene, es decir, es siempre abundante. Una verdadera mujer, por otra parte, «tal y como Lacan hace brillar su eventual existencia, es la que no tiene y hace algo con ese *no tener*» (Miller, 2001). Volverse madre o mujer no se corresponde y, por esto, todas quieren parir, asegura Miller, refiriéndose a constataciones de Lacan.

El historiador Renato Pinto Venâncio (2004) empieza, así su texto «A maternidade negada»: «*No es exagerado asegurar que la historia del abandono de niños es la historia secreta del dolor femenino*». No llega a ser sorprendente y, tampoco nuevo, la aproximación del abandono, del dolor y del secreto a lo femenino.

El campo de lo femenino es lo que porta la marca de algo extraño, de horror, dado que la subjetividad de hombres y mujeres se basa en el referencial fálico. Ese campo, que es exterior al fálico, que no se articula en la existencia, que es del orden de lo real, que es enlazado al tema del desamparo fundamental, del exceso y de la vacancia, se exterioriza en la situación de abandono, y quizá sea a lo que apunta el goce implicado en esa elección de ser madre-social. Parece que esas mujeres se lanzan al encuentro con el vértigo de lo irremediable, pretendiendo con su gesto, tocar lo imponderable, recomponer lo irreparable y ahí, lo femenino, hace su aparición, frecuentemente, bajo el velo de lo sagrado.

Como se observa, hay muchas posibilidades de trabajo en esas instituciones. Los analistas empiezan a ser convocados para estar en ellas. Hay apertura para tanto y, por lo que se nota, el psicoanálisis aplicado tiene, en esas instituciones, mucho que contribuir. Hay posibilidades para el analista sin el saber, para el analista con el saber explícito del caso clínico, del control que enseña, que transmite un saber. Hay mucho por aprender en esas instituciones: las reglas que el sujeto deconstruye y también acerca de lo femenino y de lo real. Si la clínica es la formalización de la experiencia analítica, ahí está una oportunidad para hacerla.

Referências

- Brasil. Lei nº 7.644, de 18 de dezembro de 1987. Dispõe sobre a Regulamentação da Atividade de Mãe Social e dá Outras Providências. DOU, Brasília, 21 Dezembro 1987.
- Brasil. Lei nº 8069, de 13 de Julho de 1990. Dispõe sobre o exercício do Estatuto da criança e do Adolescente (ECA). DOU, Brasília, 16 Julho 1990, Retificado em DOU, Brasília, 27 Setembro 1990.
- Castel, R. (1998). *As metamorfoses da questão social: uma crônica do salário*. Petrópolis: Vozes.
- Figueiredo, L. C. (1999). Psicanálise e Brasil – Considerações acerca do sintoma social brasileiro. En A. Edson (org.) *Psicanálise e colonização* (p.34). Porto Alegre, RS: Artes e ofícios Editora.
- Lacan, J. (1961/62). *O seminário, livro IX, A Identificação*. Inédito.
- _____. (1992). *O seminário, livro VIII, A transferência*. Rio de Janeiro: Zahar.
- _____. (2003). Nota sobre a criança In: *LACAN, J. Outros escritos* (pp. 369-370). Rio de Janeiro: Ed. Jorge Zahar.
- Miller, J. A. (2001). *De la naturaleza de los semblantes*. Buenos Aires: Paidós.
- Nominé, B. (2001). A adolescência ou a queda do anjo. *Revista Marraio, 1*. Rio de Janeiro: Formações Clínicas do Campo Lacaniano.
- Ribeiro, R. J. (2000). *A sociedade contra o social: o alto custo da vida pública no Brasil*. São Paulo: Cia das Letras.
- Venancio, R. P. (2004). Maternidade negada. In: *PRIORE, Mary Del (org.) História das mulheres no Brasil* (p. 189). São Paulo: Contexto.